

**QUEBRADA
EN EL GRAN NORTE**

Ángel Fábregas

**QUEBRADA
EN EL GRAN NORTE**

**ESDR JULA**
EDICIONES

{COLECCIÓN **SÍSTOLE**}

Primera edición, noviembre 2017

© Ángel Fábregas, 2017
© Esdrújula Ediciones, 2017

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Martín Bohórquez 23. Local 5, 18005 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de
Víctor Miguel Gallardo Barragán y Mariana Lozano Ortiz
Impresión: Ulzama

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal: GR 1497-2017

ISBN: 978-84-17042-48-6

Impreso en España · Printed in Spain

I

Granada

Sentía un frío húmedo que le calaba los huesos en medio de las tinieblas. La luna comenzó a levantarse entre las montañas, llena y anaranjada. Él estaba quieto y descalzo en mitad del llano.

Pensó en no moverse hasta que alguien lo encontrara; si caminaba se destrozaría los pies entre los cactus y los matorrales de espino. No recordaba por qué estaba allí. Tenía las manos vacías y al cinto un belduque de desollar. De repente la llanura tembló y divisó a lo lejos la estela de polvo de un caballo al galope. La luna se elevaba iluminando la planicie, que ahora reconoció. Se encontraba entre Taos y el Río Grande, cerca del borde de su gran garganta.

Intentó correr, pero no pudo. Encaró la cabalgadura que avanzaba justo hacia su posición y fijó la vista en su jinete. Ya galopaba sólo a unas docenas de varas y distinguió su cuerpo desnudo pintado de ocre. De nuevo era él.

Alcanzó a distinguir su tocado de guerra de cuernos de cíbolo iluminado por la luz fatua que lo cubría todo. Nunca lo había visto tan real y terrorífico. Una ráfaga de viento se

levantó de súbito y el soberbio caballo mesteño del guerrero se encabritó. Su jinete lo detuvo con maestría para realizar la última carga. Enristró la lanza y lo acometió con un espantoso alarido. Podía distinguir los destellos de la punta afilada buscando su pecho. Empuñó con fuerza el belduque esperando el violento choque. El caballo de guerra resoplaba ya en su cara.

Repentinamente un relámpago estalló deslumbrándolo cuando el centauro estaba a punto de aplastarlo. El trueno que lo siguió fue terrible y él se revolvió empapado de sudor en el lecho; aferró con su mano derecha uno de los barrotes del cabecero de la cama de bronce que había creído la empuñadura del cuchillo y se incorporó agitado en la oscura alcoba.

Los ecos del cañonazo llegaron a las cumbres de las montañas de la Sangre de Cristo. El sobresalto quebró su pesadilla en el amanecer helado del altiplano de Nuevo México.

A sus años se dormía poco y mal y el endemoniado fantasma venía de cuando en cuando a turbar su sueño inquieto. Intuía agudamente que no le quedaban muchas noches. Sólo el remedio de un brujo moqui del Río Chama lo aliviaba de los intensos dolores en el estómago. Su fiel Juan José había recorrido las aldeas indias de la provincia en busca de cura. Encontró un filtro poderoso que aplacaba su padecimiento y cualquier turbación. La ciencia del único médico de Santa Fe no lo aliviaba; tampoco la magia de los chamanes amigos.

Cuando lo acometía la pesadilla, despertaba con desazón.

Ojalá su lanza pudiera alcanzarme de veras. Se me enquistó ese muerto viejo conforme pasaron los años. Su punta es aguijón de mis yerros, eso es, no más. Pude haber hecho otros muertos antaño por los tiros que di contra algunos, pero nunca lo supe firme. Salvo este maldito comanche.

Me traje efímera gloria y esta miseria que sufro; y se me enredó en las piernas trabándome los pasos como la cadena de un condenado. Esto fue mi vida, peregrino goce y largo escarmiento. Aquello que no curas cuando puedes, te ulcera el ánimo y la hace penar. Quizá ese fantasma sea yo mismo que me demando sosiego; y eso he de darme si aún me restan días, con la ayuda de Jikuri y el coraje que me dio mi madre.

Absorto en estos pensamientos, rehízo su ánimo conforme su vista cansada adivinaba los objetos en la penumbra de la alcoba.

Entre tanto, los vecinos de la villa se estremecían por la emoción. Esa mañana comenzaba la celebración por la independencia de España en la frontera más remota del viejo virreinato al norte de las Américas.

Facundo Melgares, gobernador desde hacía un par de años, conoció la noticia que llegó desde la capital en noviembre; primero la comunicó a los notables y no pudo mantenerla oculta mucho tiempo. La hizo pública al comienzo de la navidad reciente. Todos sabían que el nuevo año de 1822 marcaba el comienzo de otra era. El rigor de la incertidumbre de navegar por su cuenta no pesaba en los habitantes de Nuevo México. Siempre lo habían hecho.

Algunos comerciantes americanos llevaban un tiempo establecidos en Santa Fe con el permiso del gobernador. Era seguro que estarían mejor informados sobre celebraciones que sus aislados tres o cuatro mil habitantes, poco acostumbrados a la pompa.

Ellos aconsejaron a Melgares cortar dos grandes postes de pino de treinta varas de largo en las estribaciones de las montañas y alzarlos en el centro de la plaza, frente al palacio de

los gobernadores. Como desconocían los detalles de la bandera del nuevo país, tuvieron la ocurrencia de dibujar dos manos entrelazadas sobre el paño. Ello no podría suscitar ningún reproche.

Los notables estuvieron lejos de comprometerse desde el principio, desde el grito del cura Hidalgo en el pueblo de Dolores hacía doce años. Durante mucho tiempo la provincia permaneció al margen de la guerra. Algunos tumultos organizados mayormente por parranderos, fueron el escaso indicio de la revuelta. Casi todos habían sido indiferentes o contrarios a la independencia de España, como Facundo Melgares.

Los pobladores dispersos llegaban atraídos por la novedad. Venían desde Taos al norte, de los lejanos pueblos de la sierra o del valle del Río Grande; desde Albuquerque, Tomé o Sevilleta. Desde las aldeas de los genízaros y la comarca del Río Chama.

Indios pueblo de las misiones franciscanas y genízaros de Galisteo y Pecos formaban multitud en la plaza con mestizos y criollos de Santa Fe y Santa Cruz de la Cañada, otra de las cuatro villas de la provincia con El Paso del Norte y Albuquerque.

Arrebujados en sus sarapes de colores, miraban asombrados y reverentes los enhiestos postes de pino con las banderas izadas. Algunos indios navajoes y yutas de los que guardaban paz, ojeaban desconfiados a los dragones de cuera de la guarnición formando bajo las enseñas para rendir honores.

La concordia entre ellos y los españoles era siempre pasajera. Sus capitancillos, marmóreos como estatuas, lucían arrogantes sus arreos de plata y turquesa. Ellos no comprendían el significado del cambio. Por mucho que les decían que

ya no eran hijos del capitán grande de España, se resistían a creerlo y continuaban orgullosos portando sus medallas con la efigie de Carlos III o de su hijo Carlos IV, regalo de los gobernadores.

Quizá en esos días la capital alcanzara las cinco mil almas o más con la muchedumbre de extraños; unos curiosos, otros despabilados que pretenderían aprovechar los días de celebración para medrar y entretener el cuerpo.

Los tahúres de juego de monte y las fulanas repondrían sus faltriqueras en saraos y trastiendas hasta la madrugada, lejos del beaterío de las criollas y cerca de sus maridos, guarnecidos en la penumbra de las cantinas hasta las luces del alba.

Los murmullos aguardaban al gobernador ante los muros de adobe rojizo de las casas que se abrían a la plaza; los chiles encarnados en ristras largas que secaban al sol en las fachadas, se trocaron ese día por ramas de sauce trenzadas de rosas de hoja de maíz pintadas de blanco.

Rodrigo Úbeda y Carvajal salió de su alcoba al salón donde crujía el fuego encendido por los sirvientes. Fue a la ventana y escudriñó desde los cristales a la multitud que se congregaba; su eco susurrante le llegaba lejano y ajeno como lo que estaba sucediendo esos días en las vidas de sus paisanos y de él mismo.

El edificio de una planta, como todos en la villa, incluido el palacio de los gobernadores, se situaba en primera línea de la plaza con otras casas principales, comercios y una capilla, frente al palacio. El resto de las haciendas se esparcían por un fértil llano a lo largo del valle del Río Santa Fe, al pie de las montañas.

Para los escasos viajeros que llegaban de Chihuahua y Durango al sur o de San Luis al norte, ya en la república americana, Santa Fe no era más que un villorrio de míseras casas de barro a la manera de los indios de los alrededores; para Rodrigo Úbeda, que conoció en su infancia y su juventud verdaderas ciudades, incluso la más grande de todas las Américas, aquel era su hogar y no cambiaría el adobe por el mármol, ni su cielo turquesa por ningún otro.

Los cristales reflejaban ya el sol naciente y permitían observar al viejo el alborozo de la gente que se congregaba en torno a la bandera filantrópica que conmemoraba el cambio de era. Los dos siglos largos que España dictó la ley en el territorio parecían pesar en su espalda encorvada, pero aún recia. Sentado en el frailerío castellano de roble, no despegaba la vista del vidrio refulgente de la ventana; sus ojos acuosos miraban fijamente allá y sin embargo su pensamiento retornaba mucho más lejos, al pasado en España, a su infancia en Granada.

Nunca gustó de regresar a aquellos días; sin embargo, últimamente sus recuerdos lo conducían por esos corredores de la memoria. Siempre sufrió una tensión en la que, de un lado, habitaba cierta añoranza de la niñez y, del otro, el deseo de olvidar el pasado de sus padres y comenzar de nuevo en aquel lejano saliente del mundo conocido. Recordaba las montañas nevadas de la sierra de Granada como un sueño, allá en sus cinco o seis años. Las de la cordillera de la Sangre de Cristo cercana le evocaban aquellas a menudo.

En Granada vivió sus primeros años, hasta que sus padres decidieron abandonar la Península y emigrar a la gran Ciudad de México lejos de la tenaza en la que habitaban.

Ahora vivía el espejismo de la antigua tierra perdida, ungido de la nostalgia por la vida que pudo ser.

Hacía varios días con sus noches que volvía a los lejanos lugares y al tiempo de España. En duermevela o ensimismado frente a la ventana, creía viajar volando a través de Yucatán, ver el puerto de Veracruz desde el aire y adentrarse en la mar oceánica; llegar al mar de los Sargazos y zambullirse en medio de la nada y remontar de nuevo el vuelo. Su sensación era de una libertad infinita. La fuerza y enseñanza de Jikuri lo conducían hasta vislumbrar las costas de Andalucía, el estrecho de Gibraltar y el África neblinosa enfrente.

Todo era perfectamente real; podría describir cada detalle, los caminos y los árboles en la sutil atmósfera del sueño. Llegaba al gran llano de la Vega de Granada y divisaba sus montañas nevadas al fondo cubiertas por la luz violácea del ocaso.

De repente estaba de nuevo en la casa familiar, la de sus padres y sus abuelos. Desde que recordaba, supo que una sombra cubría aquel lugar y a quienes lo habitaban. Todo era silencio a su alrededor. Recordaba el zaguán húmedo donde jugaba solo y a salvo de la calle, porque fue hijo único.

Cuando fue a la escuela en Granada a aprender las primeras letras, supo que era diferente; sólo se relacionaba con los hijos de sus parientes. Era feliz cuando salía de excursión con sus tíos y primos por el Río Dauro o el Genil arriba. Buscaban oro en el Dauro, donde la corriente arrastraba algunas pepitas con que la gente se topaba de vez en cuando. Solían terminar los paseos comiendo cerezas en el aire cálido que ahora parecía acariciarle el cabello gris, y el único oro que encontraban era el sol de la tarde en el cauce de agua limpia.

Súbitamente, la algarabía aumentó en la plaza y Rodrigo abrió la ventana a pesar del frío. Ya procesionaba el cortejo de autoridades entre el repique de campanas y los vivas a México tras la misa solemne. A él le hubiese correspondido por derecho ocupar un lugar junto a otros próceres, incluso haría sombra a muchos de ellos, a la multitud de advenedizos, pero su fuerza lo abandonaba; quería reservarla para aquello que creía necesario hacer sobre todas las cosas.

Se abrigó la garganta y se calzó un sarape navajoe de buena lana para otear a sus conciudadanos. Divisó una fila de niños vestidos de blanco coronados de laurel luciendo bandas con el lema «Larga vida a la independendencia del Imperio mexicano». Luego comenzaron los bailes de los indios del cercano pueblo de Tesuque y tras ellos los juegos, los entremeses y comedias. Pronto se sintió fatigado.

Un enviado de su amigo Pedro Bautista Pino insistió en que lo acompañara siquiera unos instantes al inicio del baile de gala en el palacio de los gobernadores; la fiesta se iniciaría al mediodía. Rodrigo declinó el cumplido; habría de ahorrar esfuerzos para el viaje y los días que le aguardaban en el pueblo de Taos, veinte leguas al norte de la capital.

II

Manuelita dejó la taza de leche caliente en la mesa y se acercó a su señor. Era mucho el cariño que le tenía y siempre sintió que si él hubiera sido un poco más joven, quizá podría haber crecido su sentimiento. Llegó a la casa con escasos ocho años, aún viva la señora Carlota. Era india kiowa bautizada. Antes de la paz entre su tribu y los comanches, fue capturada en una incursión y estos la regalaron a don Rodrigo en señal de amistad. Entonces era como un animalillo salvaje acorralado e indefenso.

El señor y su servidumbre la fueron domando y atrayendo hacia sí con sus cuidados. No mantuvo vínculos con sus hermanos de sangre y se hizo pronto a la vida en Santa Fe. Cuando aparecían algunos kiowa en la villa por motivos comerciales o diplomáticos, ella se escondía temerosa. Él le decía que no se inquietara, que era tan española como las majas madrileñas y su majestad el rey era su padre; la acogía tiernamente en su seno hasta quitarle los temblores. No permitía que nadie en su presencia la nombrara genízara, como se conocía a los indios bárbaros acristianados.

Hacía tiempo, también sintió algo por Manuelita y a veces la soñó en sus brazos, pero desvanecía sus pensamientos teniéndolos por impropios y la recuperaba niña, como a una hija. Nunca tuvo contacto carnal con ella y esos sentimientos se fueron dulcificando con la edad, fraguándose en ternura.

Se acercó y le preguntó en voz baja si deseaba que lo peinara y él le contestó que no, que quizá en otro momento. Cuando la mujer abandonaba la estancia, el señor hizo un gesto con la mano y ella lo miró.

—Manuela, marcharé a Taos con Juan José para buscar a Gonzalo. No sé si daré con él en el pueblo. Confío en que el invierno lo haya bajado del monte. Tampoco lo hago en la comanchería por este tiempo. Tengo que hablarle. Me queda poco y he de repararme.

»Hube de hacerlo hace mucho, aunque hay tiempo hasta que uno se va. Tú sabes que nunca fui de platicar cuitas, ni alegrías tampoco, aún menos de cosas pasadas, que las tuve siempre por inútiles o peor que eso. Me creció siempre un silencio por dentro. Jikuri fue el único que me aligeró ese peso. Pero después de conocerlo seguí sin platicar gran cosa.

»Ahora que me busca la comadre Sebastiana cada noche, yo le digo que aguarde porque he de hilar fino algunos asuntos. Así somos, no más. No sé si será indulgente la comadre conmigo y me olvidará por una o dos semanas. Bien tiene por aquí cerca materiales con qué entretenerse, que los hay carcamales y pendejos entre los vecinos.

»Siento que me brotan los recuerdos y he de platicarlos. Os contaré a vosotros y a Pedro Pino, que es de toda mi confianza. Hace uno o dos días que se me destapó la memoria como una botella y se me viene su olor viejo; Pedro está hoy

de celebración. Mañana le dais razón de que me visite por cosa de importancia.

»Dile a Juan José que venga y comenzaré con vosotros por aquel tiempo de mi juventud. El Juan José es duro de oído y no entiende más que de campos y de bestias; agarra tú la pluma, que para eso te enseñé. Tomarás lo que diga de importancia porque no haya cambalache si habéis de contar a Gonzalo lo que a mí no me alcance.

»Hoy dará para platicaros de mi niñez y mocedad. Mañana hablaré con Pedro de mi mudanza a El Paso y del conocimiento de la que fue mi esposa. Le platicaré de esas cuestiones porque penetrará mejor esos embrollos, y no lo digo por ti, que eres viva de seso aunque no conozcas mundo más allá de Albuquerque.

»Aquello que os cuente, lo recompondréis entre unos y otros para hacerlo llegar a quien ha de escucharlo. Él no fue mi hijo verdadero, pero hubo de serlo y será mi heredero. Yo me digo que pude haber hecho esto antes, pero no me dio la voluntad y lo fui dejando. Qué rarezas son estas las del cerebro, que se vence a la quietud o al alboroto en dependiendo de los vientos o de que te apriete la Sebastiana.

Manuela asintió con los ojos muy abiertos e hizo ademán de salir a llamar a Juan José.

El señor dijo que le acercase su vieja arca cerrada con llave. El resplandor de las llamas iluminó los herrajes bruñidos junto a la lumbre. El jaleo en la plaza hacía rato que se había disipado con la muchedumbre, entre el olor a tortillas de maíz y enchiladas de los puestos callejeros. El frío hiriente entre dos luces, llevó a las gentes a los fandangos y cantinas, al calor del aguardiente y de las enaguas de las mujeres livianas. También

se adivinaba el jolgorio en el palacio, en el frente opuesto de la plaza.

Poco a poco, todo regresaba a la lenta quietud con la que avanzaban las sombras desde las montañas. Rodrigo fijó su mirada en la vieja arca de pino finamente labrado.

Manuela encendió varios cabos de vela y un candil de sebo. El señor se acercó al receptáculo de su pasado y lo abrió con lentitud. La luz temblorosa confería a los objetos amontonados otra identidad; las siluetas bailaban caprichosas. Fijó su mirada en dos figuritas de madera talladas burdamente, pero no exentas de gracia. La pintura de colores con las que estaban decoradas se había apagado con el tiempo. Sin embargo, ahora parecían relucir sin mácula a la luz mágica de la vela y de la memoria. Las dos figurillas representaban soldaditos dieciochescos con sombreros de tres picos y largos fusiles. Las había tallado su padre cuando él tenía once años y la familia hacía tres que se había instalado en México. Allí durmieron su sueño inalterado durante décadas, desde los últimos juegos infantiles. Su dueño nunca reparó en ellas desde entonces.

Ahora retornaban con el poder de su aura a conquistar su territorio en el tiempo. Sus fusiles inofensivos en guardia despertaron en el anciano al niño de ojos abiertos que paseaba de la mano de su padre por las plazas bulliciosas y caóticas de la enorme capital de Nueva España.

Ya avisó Manuela a Juan José del propósito de su señor y apareció tan discreto como era su costumbre. Se sentaron los tres frente a frente, ella a la luz del candil con papel y pluma. Siempre tuvo gran inclinación a la escritura y se aplicó con todo sentido cuando don Rodrigo decidió enseñarle

los misterios de las letras. Le gustaba la caligrafía y se esmeraba en el dibujo con mucho amor. Cosa diferente era la lectura, que no ejercía más allá de la biblia por no entender gran cosa los dichos de los libros, y ya era la palabra sagrada de suficiente complicación.

Con los soldaditos enfrente obrando su oficio de remembranza, el anciano comenzó a platicar conforme le venían los pensamientos.

—El mercado principal se alargaba frente al palacio de los virreyes, con sus jacales negros, no más que lúgubres tinglados de tablas y esteras de palma en los que se vendían legumbres y verduras, mantas de algodón, carne de puerco y venado o hierro nuevo y viejo. Allá se apiñaba todo amparado por sombras inhóspitas.

»Me acuerdo caminando asombrado entre las gentes que por allí deambulaban, la más baja y desastrada plebe que pueda imaginarse. Se me antojaba el lugar no muy lejano al purgatorio que describían los curas en los púlpitos, pero me maravillaba la mezcla y pudrición de materias en aquel abrigadero de infección y de ladrones. Había también puestos repletos de prodigios de los lugares más lejanos o plácidas barberías donde de tiempo en tiempo concurríamos para cortarnos el pelo. Aún me llega el perfume de jazmín y heliotropo.

»Recuerdo una pila ochavada grande con dos tazas de bronce, un águila en lo alto y una cruz de hierro a su espalda. Todos se acercaban allí a lavar la carne, vasijas o trapos. Otros muchos se aseaban y sin embargo, de la misma pila tomaban el agua para abastecer al vecindario. Cierta vez me miré al espejo del líquido turbio y me vino un espanto cuando detrás de mi imagen reflejada descubrí la cabeza medio

podrida de un cerdo. En mi casa el sólo nombre del puerco causaba repugnancia.

»Todo allá desguazaba la inocencia. Mi padre me conducía con afán didáctico, para que atendiera a los consejos de los mayores y no me apartara de la virtud. Esos lugares eran escuela de vida y fuelle de avispamiento.

»Cruzábamos a propósito bajo la horca instalada no lejos de las letrinas apestosas que se abrían a un aire insufrible; el hedor no aquejaba a la caterva que nos rodeaba. Aquellos infelices se solazaban, comían y bebían sin recato frente al cadalso.

»Un día mi padre me llevó a presenciar un ajusticiamiento. Yo temblaba entre la muchedumbre en una plaza grande, ante el tablero enlutado donde se levantaba un garrote. Imaginaba cuál de las dos muertes sería más terrible, si la horca o el garrote vil; puestos a elegir, siempre pensé que la horca es preferible. Entonces imaginaba el tornillo en la nuca con una verdad que me erizaba el poco vello que me crecía. La primera ejecución fue la más impresionante. El cortejo de luto, hasta las mulas que conducían el carro del reo; la cara del hombre con la lengua fuera y un hilo de baba cuando el tornillo le partió la médula. A nadie estorbaba la visión de esos lamentables espectáculos. Al contrario, las gentes asistían a ellos con regocijo.

»Ya anocheciendo, volvíamos a casa por las calles adyacentes donde a menudo vacas y otros animales del mercado escapaban a sus dueños buscando sustento. Teníamos que guarecernos en los portales cuando pasaban las bestias rabiosas con los muchachos o los perros que las acosaban entre el lodo. Soñaba a esos chamacos que atosigaban a las reses y los

entreveraba en el sueño con otros que me trataron a mí como a una rata al salir de la escuela primera a la que fui en Granada.

»El gran paseo de la Alameda se atestaba de gentes en los días de fiesta. A veces se podía ojear al virrey y a su corte de lejos, precedida de guardias que abrían un canal entre el vulgo, como Moisés apartó las aguas del mar Rojo para que lo atravesara el pueblo elegido. Expulsaban a las gentes desnudas o piojosas que vagaban entre los árboles o los puestos de comida ambulante, para no herir la sensibilidad de las damas que lo acompañaban vestidas de sedas de vivos colores al estilo de París, felices entre la plebe maloliente.

»Asistíamos a los cortejos religiosos o paganos, más de mi gusto, como el del Corpus Christi. La tarasca encima del dragón, los gigantes y cabezudos que danzaban al ritmo de tambores y pífanos. Me sorprendió que aquel desfile fuera tan parecido al que recordaba en Granada de los años anteriores a que mi familia emigrara. Fue durante un Corpus Christi en España cuando mis padres me dijeron que viajaríamos a un lugar al otro lado del mar; mi madre lloró mientras me contaba que en la ciudad a la que iríamos había palacios con las puertas de pura plata.

»Cuando llegamos a México, sólo vi casuchas y calles enlodadas; lo más cercano a lo que mi madre me dijo eran el palacio del virrey, la catedral y algunas casas de nobles a las que no podía ni arrimarme a ver si las puertas eran verdaderamente de plata. La primera vez que fui a la catedral, vi borrachos durmiendo o haciendo de vientre a la sombra de sus muros.

»Embarcamos en Cádiz rumbo a las Indias y dejamos Granada para siempre. Corría el año de 1763 o 64, no me

acuerdo bien. El puerto de Cádiz y la misma ciudad, mucho más poblada que la mía, eran una feria ruidosa llena de gentes extravagantes que me mantenían entre el miedo y el pasmo...

Manuela rogó a su señor que fuera más despacio por tomar las palabras más valiosas, aunque no las dibujara tan bien como solía, para su pesar. Don Rodrigo enlenteció su plática y prosiguió.

—Nos embarcamos en una fragata que transportaba a otros pasajeros además de a buen número de cabras, gallinas y pavos. Los animales iban en cubierta; las aves, enjauladas. A menudo sufrían el mal de mar tanto como las personas. Las gallinas terminaban muriéndose del mareo y acababan en la olla antes de lo que los cocineros habían calculado; ese delicado manjar sólo era degustado por la oficialidad del barco y los enfermos. Mi familia pagó un pasaje ajustado y las condiciones de hospedaje eran pobres.

»Entre los pasajeros viajaba una familia de maromeros emigrantes junto a una cabra inteligente, un loro y dos camaleones de su propiedad. En nuestro segundo día a bordo, con permiso del capitán, la *troupe* hizo una exhibición gratuita de sus artes. La cabra sabía y los discursos del loro me complacieron mucho, como a los otros.

»La familia era perita en el manejo de bolos y aros, que lanzaban a los aires cantando y bailando, sin que una sola vez erraran en su ejercicio. Ante el éxito, en el transcurso del viaje y con permiso de la mar, el capitán solicitó en varias ocasiones la repetición del espectáculo para romper la monotonía y elevar la moral.

»A mi familia la acomodaron en un camarote grande junto a otras tres entre las que se contaba la de los titiriteros; allí

nos apiñaron en jergones de paja llenos de pulgas; los bichos resistían hasta el agua de mar con la que de vez en cuando mi madre lavaba la ropa fina.

»Yo congenié con dos mellizos de edad pareja a la mía; eran los menores de la familia de feriantes. A pesar de las pulgas y los ratones, recuerdo los primeros días en la mar felices entre juegos y trucos que ellos me enseñaban con una destreza inverosímil.

»A veces atrapábamos bichos de los que nos mortificaban para servir de carnada a los camaleones. Mirábamos a los reptiles tiesos como piedras lanzar su lengua hacia su rancho y engullirlo en un santiamén. La niña rubia con la que jugaba y cazaba chinches fue la primera que me sonrió sin atender a mi nacimiento, quizá porque ella misma y su familia eran despreciadas por todos en tierra. Sólo por eso mereció la pena empezar aquel viaje.

»En la travesía del océano no hubo contratiempo hasta Cuba. Todo era planitud en los días y en la comida, no más que galleta de barco, algunos frijoles calientes cuando no había movimiento y podían cocinarse, queso y carne seca. Me divertía avistando a los tiburones en la estela del buque. Los marineros me contaban que los animales nos seguían hambrientos olisqueando las hojas de tocino salado que colgaban al aire en la popa.

»Tampoco me disgustaba, al contrario que a muchos de los pasajeros, ir a los jardines a hacer mi necesidad. Eran una suerte de sillas huecas que asomaban por la borda a la vista de todos. Los marineros no tenían escrúpulo y yo los imitaba. Era de aventura ver cómo lo que expulsaba caía al mar y desaparecía veloz. Prefería mil veces aquello a la sentina donde

mis padres iban a lo mismo. El tufo de ese lugar era lo más abyecto que ha llegado nunca a mis narices.

»Cuando arribamos a Cuba, mis encías estaban débiles y a algunos de los pasajeros y marineros les habían florecido manchas oscuras en la piel. Tras unos días bebiendo agua sin corromper y zumos de frutas raras que olían como los perfumes de mi madre, sanamos de los dientes y recuperamos las fuerzas para proseguir singladura hasta Veracruz.

»El barco había zarpado con retraso de España y la tripulación se mostraba temerosa por las tormentas de final de verano, aunque de momento no hacía mal tiempo. Sin embargo, en los días postreros de agosto, los aires cambiaron en el golfo de México, una espantosa tempestad se desencadenó y estuvo a punto de llevarse la nave a pique. Ese trance fue lo peor de aquel tiempo; todos los pasajeros se juntaron en los camarotes para rezar entre crujidos terribles de las maderas y vaivenes que no nos dejaron rastro de alimento en las barrigas.

»Temiendo la zozobra, el cura de a bordo comenzó a ungir los santos oleos al pasaje entre llantos. Fue la única vez que me los untaron y no me impresionó gran cosa. Ningún interés tengo en que me den otra vez ese aceite y os lo digo por venir ahora a cuento; con que no llaméis al cura por mucho que murmuren, que a mí lo mismo me da.

»Raramente, a pesar del mareo, yo estaba tranquilo en medio del pánico de los otros. Vi a mi madre a la luz de la vela que sostenía el monaguillo que asistía al cura; ella recibió los aceites con repugnancia mal disimulada tras ser reprendida por mi padre. Los escuché discutir en voz baja, acurrucado entre ellos. En el camarote, bastante tenían los demás con lo suyo para estar pendientes de la conversación. Mi madre dio su

brazo a torcer antes de que el sacerdote empapado penetrara en la cámara lleno de terror, con el resplandor de los rayos a su espalda.

»Tras aquella noche atroz se hizo la calma, el buque recuperó el rumbo y en dos jornadas llegó a Veracruz con el velamen destrozado, alguna vía de agua y dos marineros de menos.

»Todos llegamos maltrechos suplicando pisar tierra. Los maromeros sufrieron la pérdida de la cabra, que era el lucero de su función. Durante la tormenta, la mayor parte de los animales que aún quedaban vivos perecieron ahogados o de puro espanto. La *troupe* pensaba curar sus heridas, amaestrar a otra cabra y tomar el camino de la capital sustentándose con sus funciones en cada ciudad y cada pueblo. Se despidieron de nosotros con afecto e hicimos votos por encontrarnos alguna vez en la nueva vida. Cuando llegué a puerto y pisé tierra firme, me juré que nunca volvería a cruzar el mar o a subirme en un barco.

Miraba Juan José a su señor boquiabierto de asombro por no haber visto el mar ni barco alguno en su vida. Recordaba que en una ocasión le dijo Don Rodrigo que un barco era como un pueblo que flotaba o como una canoa muy grande impulsada por el viento. No pudo él imaginar tal cosa y la tuvo por abultada como tantas otras que contaban. Escuchando ahora su peripecia, creyó a su señor, al que nunca tuvo por mentiroso y se esforzó en hallar la manera de figurarse peces corriendo por las aguas en pos de una salazón de tocino. Algún barco vio con el tiempo en láminas que le enseñaron y ya tuvo el asunto por verdadero, no como tantas patrañas que contaban los ignorantes porque los juzgaran gentes de mundo.